

EL TIGRE BUENOSOJOS

JOSÉ RECINOS

El gallito de Mairo no se acalla. Cada madrugada hace lo mismo: quiquiriquea hasta despertar a Mastín, el chucho de don Abundio. Disque el tal perro viene amaestrado del norte pero aquí perdió la clase porque en cuanto oye al gallo ladra como perro callejero. Juntos parecen la tambora del pueblo quiquiri-ladrando en la fiesta de San Simeón. Cada ladrido retumba como punzada en mis dientes afilados.

Si siguen cotorreando tan fuerte como las comadres de la esquina van a despertar al nagüal. Y ése sí que va a hacer tremendo ruidazo cuando despelleje a cualquier fulanito que ande descuidado. Después sólo van a encontrar al pobre difuntito con la mirada perdida.

Ansina estaba mi abuelo anoche aquí en el jacalito. Mientras por la hendidura del techo de paja, bien podía yo ver las estrellas marchando en hilera hacia la mañana, aquí abajo mi tata Azuceno Buenosojos pelaba sus canicas como naranjas. Yo sólo lo veía. Mi abuelo. Dicen los chismosos que fue muy cobarde. Su hijo Margarito se ahogó en el río Salsipuedes y mi abuelo no hizo nada para salvarlo.

Mi papá Margarito Buenosojos no sabía nadar pero ese día andaba muy alegrón y se sentía muy macho. Asegún los metiches se acababa de enterar que tenía un hijo. Todos los demás escuincles eran hijas. Se brincó el cerco y se zambulló en el agua como un terrón pesado. Azuceno estaba por allí haciendo un mandadito cuando vio todo. Quizás al final su hijo perdió hasta la borrachera y quiso salvarse. Pero se murió.

Durante el velorio mi tata se quejaba que no sabía nadar. Nadie le creía porque se rumoreaba que no salvó al hijo para quitarse la competencia con las chamacas del pueblo. Ahora podría perseguir a todas las pichoncitas sin preocuparse de otro gavilán pollero.

Pero ahora acostado en este petate mi tata se revuelve como pelón de hospicio. Echa baba y espuma por el hocico como si fuera jabón. Sus brazos se retuercen como quitándose a unos señores invisibles. Yo creo que se lo están comiendo los recuerdos. Como garras de tigre le abren el cerebro y le chupan el mole. Esos recuerdos sí que son buenísimos para agobiar a cualquier fulanito.

Mi tata me mira por última vez y siento lástima porque ya tengo hambre y si no está él, quién me va a dar de comer. Aunque no conocí a mi papá Margarito no importa porque mi abuelo me recogió muy rápido. Al verme en mi canasta dijo: "No, pos sí, éste es un Buenosojos. Se le nota en el retoño. De tal palo tal astilla." Y me dio de comer quizás por lástima o tal vez por orgullo. Lo que sí sé es que las malas lenguas dicen que mi tata lo que quiere es alguien que ocupe su lugar cuando muera. Yo sólo recuerdo que a veces me dice: "Cuando seas mayor, llevarás el apellido entre las piernas. Me dará mucho orgullo saber que la reputación sigue dando frutos."

Pero ahora estoy solo. Mi tata se petateó aquí dentro y yo ya tengo harta hambre. Ora sí que el nagüal me va a comer. A la mejor Mastín, el perro de don Abundio me defiende. Se oye que ladra en inglés y el nagüal sólo entiende español.